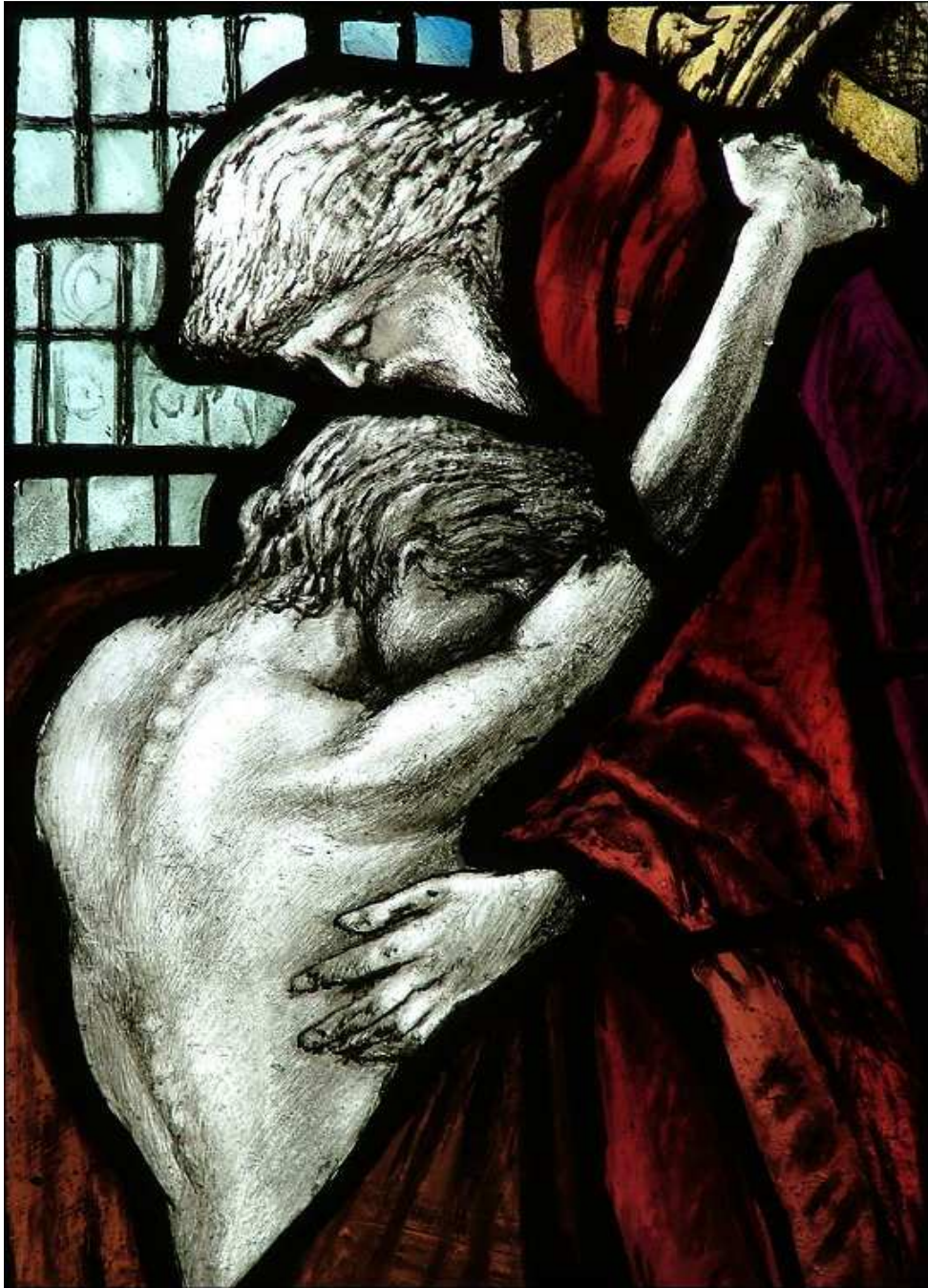


JUBILEO DE LA MISERICORDIA

Cuadernillos para la reflexión



Vitral sobre la parábola del hijo pródigo

LA MISERICORDIA EN EL EVANGELIO:

Parroquia Nuestra Señora de Loreto
Comunidad San Agustín de Canning

El perdón y la misericordia se encuentran en el centro de la vida y misión de Jesucristo: *Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre.*¹ Su mensaje de salvación y su entrega en la cruz expresan la absoluta voluntad de Dios de perdonarnos para que volvamos a Él.

En el Evangelio, cada palabra y acto de Jesús están atravesados por el mensaje de misericordia. Esta es la razón por la que, tratándose del Evangelio, cualquier selección de pasajes que intente abarcar el tema de la misericordia se vea incompleta.

En este fascículo se ha tomado como base principal el evangelio de Lucas, llamado “el evangelio de la misericordia”, ya que, en Lucas, el marco de narración evangélica es precisamente la misericordia de Dios. Desde el canto de Zacarías, donde se describe la misión de Juan Bautista como dando *a su pueblo el conocer la salvación mediante el perdón de los pecados*,² hasta los acontecimientos que rodean la pasión y la resurrección,³ el tema del perdón y la misericordia se explicita frecuentemente en diversos momentos de la vida y del ministerio de Jesús según este evangelista. Además, en Lucas es posible encontrar ciertos relatos o parábolas que no existen en los otros evangelios, y que destacan el perdón y la misericordia como tarea del Padre, de Jesús e, incluso, del creyente.⁴

En los pasajes seleccionados, podemos ver a Jesucristo que nos muestra cómo Dios, en su derroche de misericordia, sale a buscar al «pecador», al hombre, perdido sin su amor. Asimismo, nos exhorta a vivir de la misma forma, sin excluir a nadie del amor misericordioso que Dios nos tiene.

No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores

*Jesús salió nuevamente a la orilla del mar; toda la gente acudía allí, y él les enseñaba. Al pasar vio a Leví, hijo de Alfeo, sentado a la mesa de recaudación de impuestos, y le dijo: «Sígueme». Él se levantó y lo siguió. Mientras Jesús estaba comiendo en su casa, muchos publicanos y pecadores se sentaron a comer con él y sus discípulos; porque eran muchos los que lo seguían. Los escribas del grupo de los fariseos, al ver que comía con pecadores y publicanos, decían a los discípulos: «¿Por qué come con publicanos y pecadores?» Jesús, que había oído, les dijo: «No son los sanos los que tienen necesidad del médico, sino los enfermos. Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores».*⁵

Jesús pronuncia estas palabras tras la comida en la que Leví (Mateo) es el anfitrión, y a la que asistían muchos recaudadores de impuestos y pecadores. Jesús no niega que el calificativo de «pecador» en muchos casos esté justificado, por eso llama a los pecadores a la penitencia y a la conversión. Pero, implícitamente, Jesús rechaza a los que se consideran «justos» y usan despectivamente el término «pecador». Los fariseos trazaban límites demasiado estrictos en torno a una conducta pretendidamente legitimada por la Torá, y consideraban a los situados fuera de esos límites arbitrarios como «pecadores», infractores de la Ley, reprobados por Dios. Jesús protesta contra estos «justos» por encerrar el cumplimiento de la Alianza dentro de ciertas condiciones y definiciones establecidas por ellos mismos, situando a algunos israelitas fuera de la gracia de Dios. En resumen, Jesús, sin negar la existencia de pecadores y llamarlos a la conversión, critica aún más a quienes levantan barreras y crean divisiones dentro de Israel.

¹ Francisco; Bula *Misericordiae Vultus* (núm. 1); Libreria Editrice Vaticana, C. del Vaticano, 2015.

² Lc 1, 77

³ V. Lc 23, 34. 39-43. 24, 47

⁴ Entre ellos se destacan, a modo de ejemplo, las parábolas llamadas del buen samaritano (Lc 10, 25-37), de la moneda perdida (Lc 15, 8-10) y del padre misericordioso o del hijo pródigo (Lc 15, 11-32).

⁵ Mc 2, 13-17

La conversión de Zaqueo

Jesús entró en Jericó y atravesaba la ciudad. Allí vivía un hombre muy rico llamado Zaqueo, que era el jefe de los publicanos. Él quería ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la multitud, porque era de baja estatura. Entonces se adelantó y subió a un sicomoro para poder verlo, porque iba a pasar por allí. Al llegar a ese lugar, Jesús miró hacia arriba y le dijo:



Jesús llama a Zaqueo

«Zaqueo, baja pronto, porque hoy tengo que alojarme en tu casa». Zaqueo bajó rápidamente y lo recibió con alegría.

Al ver esto, todos murmuraban, diciendo: «Se ha ido a alojar en casa de un pecador». Pero Zaqueo dijo resueltamente al Señor: «Señor, voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres, y si he perjudicado a alguien, le daré cuatro veces más». Y Jesús le dijo: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa, ya que también este hombre es un hijo de Abraham, porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido».⁶

Zaqueo, un jefe de publicanos, sentía curiosidad por conocer a Jesús. Al pasar Jesús por delante de él, le pide ir a su casa y Zaqueo le recibe muy contento en ella. Jesús no espera que el pecador se convierta para acercarse y encontrarse con él. Si se produce la conversión, es a causa del encuentro con Jesús.

Zaqueo se convierte y cambia con respecto a su vida anterior. Las palabras de Jesús frente a esa decisión nos muestran de qué manera se hace presente el perdón y la misericordia de Dios en este hombre. Se reconoce en él a un verdadero hijo de Abrahán, es decir, a un verdadero miembro del pueblo de Israel, el pueblo elegido, a pesar de las protestas de aquellos que lo descalificaban por ser un publicano. En otras palabras, cuando el perdón y la misericordia de Dios se hacen efectivos en la historia, las fronteras trazadas por los hombres caen por tierra.

El buen samaritano

Y entonces, un doctor de la Ley se levantó y le preguntó para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la Vida eterna?» Jesús le preguntó a su vez: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?» Él le respondió: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu, y a tu prójimo como a ti mismo». «Has respondido exactamente, le dijo Jesús; obra así y alcanzarás la vida».

Pero el doctor de la Ley, para justificar su intervención, le hizo esta pregunta: «¿Y quién es mi prójimo?» Jesús volvió a tomar la palabra y le respondió: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos ladrones, que lo despojaron de todo, lo hirieron

⁶ Lc 19, 1-10

y se fueron, dejándolo medio muerto. Casualmente bajaba por el mismo camino un sacerdote: lo vio y siguió de largo. También pasó por allí un levita: lo vio y siguió su camino. Pero un samaritano que viajaba por allí, al pasar junto a él, lo vio y se conmovió. Entonces se acercó y vendó sus heridas, cubriéndolas con aceite y vino; después lo puso sobre su propia montura, lo condujo a un albergue y se encargó de cuidarlo. Al día siguiente, sacó dos denarios y se los dio al dueño del albergue, diciéndole: "Cuídalo, y lo que gastes de más, te lo pagaré al volver". ¿Cuál de los tres te parece que se portó como prójimo del hombre asaltado por los ladrones?» «El que tuvo compasión de él», le respondió el doctor. Y Jesús le dijo: «Ve, y procede tú de la misma manera».⁷

¿Quién es mi prójimo?, pregunta un fariseo para justificarse. Para un judío la cuestión tenía una respuesta clara en la Ley: es todo miembro del pueblo de Dios. Sin embargo, según Jesús, todo hombre que se aproxima a los demás con amor es el verdadero prójimo, aunque sea un extranjero odiado por los judíos, como es el caso del samaritano. De este modo la pregunta del doctor de la Ley se invierte y se transforma en, ¿cómo puedo yo ser prójimo del necesitado? El samaritano tiene un corazón compasivo, sintoniza con la compasión de Dios que se ha hecho presente en el ministerio de Jesús. Y esta misericordia debe hacerse también presente en la vida concreta de los discípulos de Jesús como hizo el samaritano. Por eso la parábola termina invitando al doctor de la Ley, y a través de él a todos nosotros, a hacerse agente de misericordia: "Anda y haz tú lo mismo". Dios ofrece la vida eterna a todos, y por eso Jesús rechaza a quien intente limitar la gracia salvífica de Dios a un pequeño grupo.

Las parábolas de la Misericordia

El capítulo 15 de Lucas es una síntesis sobre la misericordia de Dios. En él encontramos, cada una con sus matices, tres parábolas, dos de las cuales no se encuentran en ningún otro evangelio. Transcribimos completo este capítulo, que es recomendable leer con detenimiento:

Todos los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús para escucharlo. Los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: «Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos».⁸

Las parábolas que siguen son la respuesta a las murmuraciones de los «justos»:

Jesús les dijo entonces esta parábola: «Si alguien tiene cien ovejas y pierde una, ¿no deja acaso las noventa y nueve en el campo y va a buscar la que se había perdido, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la carga sobre sus hombros, lleno de alegría, y al llegar a su casa llama a sus amigos y vecinos, y les dice: "Alégrese conmigo, porque encontré la oveja que se me había perdido". Les aseguro que, de la misma manera, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse».

Y les dijo también: «Si una mujer tiene diez dracmas y pierde una, ¿no enciende acaso la lámpara, barre la casa y busca con cuidado hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, llama a sus amigas y vecinas, y les dice: "Alégrese conmigo, porque encontré la dracma que se me había perdido". Les aseguro que, de la misma manera, se alegran los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierte».⁹

Por último, Jesús narra la parábola del padre misericordioso, conocida como del *hijo pródigo*:

Jesús dijo también: «Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte de herencia que me corresponde". Y el padre les repartió sus bienes. Pocos días después, el hijo menor recogió todo lo que tenía y se fue a un país lejano, donde malgastó

⁷ Lc 10, 25-37

⁸ Lc 15, 1-2

⁹ Lc 15, 3-10

sus bienes en una vida licenciosa. Ya había gastado todo, cuando sobrevino mucha miseria en aquel país, y comenzó a sufrir privaciones. Entonces se puso al servicio de uno de los habitantes de esa región, que lo envió a su campo para cuidar cerdos. Él hubiera deseado calmar su hambre con las bellotas que comían los cerdos, pero nadie se las daba. Entonces recapacitó y dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo estoy aquí muriéndome de hambre!". Ahora mismo iré a la casa de mi padre y le diré: "Padre, pequé contra el Cielo y contra ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros". Entonces partió y volvió a la casa de su padre.

Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó. El joven le dijo: "Padre, pequé contra el Cielo y contra ti; no merezco ser llamado hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus servidores: "Traigan enseguida la mejor ropa y vístanlo, pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el ternero engordado y mátenlo. Comamos y festejemos, porque mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado". Y comenzó la fiesta.

El hijo mayor estaba en el campo. Al volver, ya cerca de la casa, oyó la música y los coros que acompañaban la danza. Y llamando a uno de los sirvientes, le preguntó que significaba eso. Él le respondió: "Tu hermano ha regresado, y tu padre hizo matar el ternero y engordado, porque lo ha recobrado sano y salvo". Él se enojó y no quiso entrar. Su padre salió para rogarle que entrara, pero él le respondió: "Hace tantos años que te sirvo sin haber desobedecido jamás ni una sola de tus órdenes, y nunca me diste un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos. ¡Y ahora que ese hijo tuyo ha vuelto, después de haber gastado tus bienes con mujeres, haces matar para él el ternero engordado!". Pero el padre le dijo: "Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo. Es justo que haya fiesta y alegría, porque tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado"». ¹⁰

Este capítulo de Lucas tiene como trasfondo el tema de la búsqueda y encuentro de lo que estaba perdido. Es el comportamiento de Jesús con los publicanos y pecadores. A los «justos» que se indignan por la acogida que Jesús dispensa a publicanos y pecadores, éste les habla de la Ley de la alegría de Dios al encontrar lo que estaba perdido, y los invita a cambiar de actitud y entrar en la dinámica del perdón y la misericordia de Dios que se revela en la actuación de Jesús. En la última parábola, el padre representa a Dios, el hijo pequeño al pecador arrepentido y el hijo mayor a los fariseos y maestros de la ley que no están de acuerdo con la aceptación por parte de Jesús de los publicanos y pecadores.

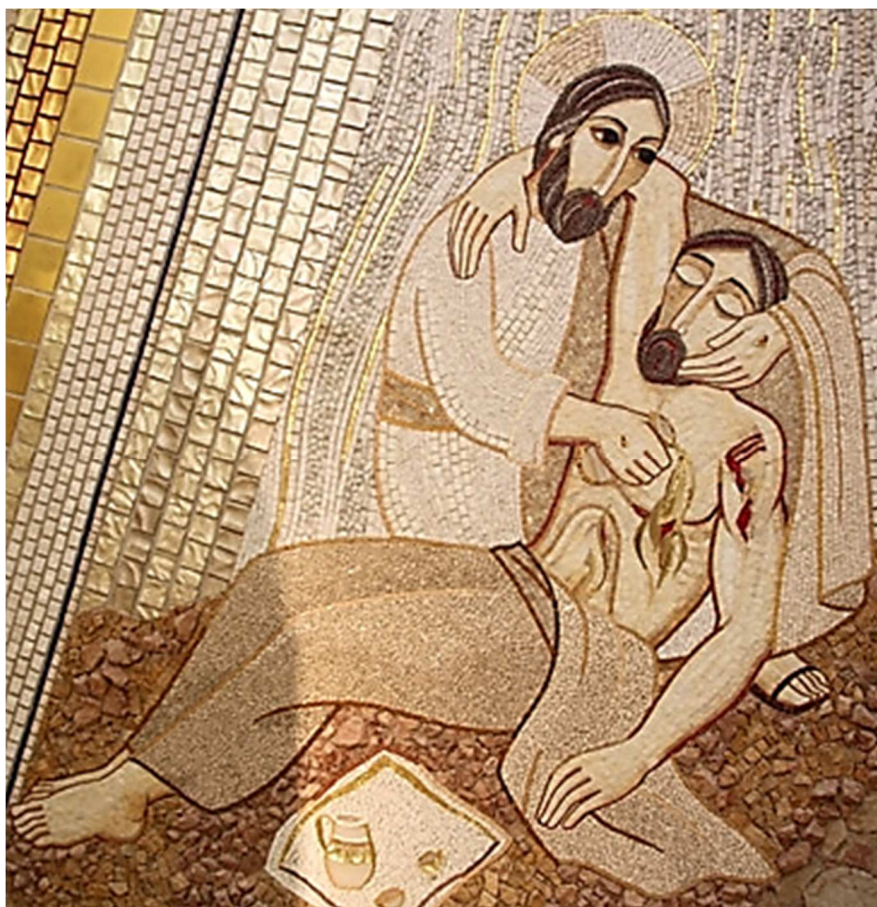
De estas tres parábolas se deduce una importante verdad teológica, con consecuencias en el comportamiento de los creyentes y de las comunidades cristianas, si quieren ser coherentes con su fe y su comunión con el Dios que se revela. Dios no excluye a nadie de la salvación que ofrece, y otorga prioridad a los pecadores, hacia los que se muestra lleno de perdón y misericordia.

Pero esta imagen, tan apta para dar confianza al pecador consciente de su miseria y su pecado, es una imagen que tiene su contrapartida: «¡No es justo!» ¿Por qué el pastor abandona las noventa y nueve ovejas para ir en busca de la que se había perdido? ¿Por qué el Padre ofrece un banquete extraordinario al hijo que dilapidó sus bienes? «No es justo», proclama el hermano mayor de la parábola del hijo pródigo, explicitando esa aparente injusticia que las dos parábolas anteriores sólo sugerían. Pero el padre de la tercera parábola se esfuerza por restablecer la verdadera perspectiva: *Hijo, tú siempre estás conmigo y todas mis cosas son tuyas.* Dios ofrece a todos lo mismo, sin excepción. Lo que cuenta es que todos, poco importa

¹⁰ Lc 15, 11-32

quiénes son y dónde se encuentran, lleguen a acoger la salvación que Dios ofrece, inclusive aunque no sea explícitamente, abriéndonos así a la perspectiva de la salvación universal.

El padre tiene dos hijos y a los dos ofrece lo mismo, llamémosle perdón y felicidad. El hermano mayor no los ha perdido nunca, porque siempre ha estado con el padre. ¿No es normal que éste, si tiene un gran corazón, se alegre cuando el hijo pequeño se abre de nuevo a la comunión de su vida, después de haberle rechazado? ¿No podemos comprender que el padre testimonee su alegría festivamente ante la vuelta del hijo perdido al hogar? ¿Podemos decir que eso es injusto? El problema es que muchas veces creemos en un Dios «justo», es decir, neutral e indiferente – impersonal– que deja a cada uno que se desenvuelva como pueda, pero sopesando estrictamente toda su vida al final del recorrido. Pues bien, ése no es el Dios del Evangelio, ése no es el Padre de Jesús. Dios no es neutral, quiere apasionadamente la vida de todos y en particular la vida de los pecadores –no es casualidad que todos seamos pecadores–. Y puesto que tiene esa prioridad, Dios está dispuesto a llevar a cabo conductas «injustas» e «irracionales» según la lógica humana, pero que están inspiradas por su perdón y su misericordia.



Jesús, el buen samaritano

Cristo, al asumir el cuerpo humano, asume esta humanidad herida y enferma destinada a la muerte y Él, como Hijo de Dios, al asumir la humanidad, se inclina sobre el hombre herido y medio muerto para curarlo.

(Mosaico realizado por P. Marko Ivan Rupnik para la Capilla del Santísimo de la Catedral de Santa María la Real de la Almudena, Madrid, España)

Al final de la parábola, la elección que enfrenta el hijo mayor es bien clara: o adopta con respecto a su hermano la misma actitud que su padre, y entonces puede continuar en comunión con él, o se niega a seguir la actitud de su padre y debe irse de casa, pues está claro que el padre no va a cambiar de actitud. ¿Entrará en la casa y dará la bienvenida a su hermano o se encerrará en sus prejuicios creyéndose como si hubiera sido dejado de lado? La parábola termina así porque es una invitación a que cada uno tome una decisión.

Si entro en la casa, acepto que la gracia y la misericordia son la regla de vida del Padre con la humanidad. Si dejo entrar en mi vida a este Dios compasivo y misericordioso, que acoge a los pecadores, yo debo transformarme en alguien como él: *Sed misericordiosos como el Padre es misericordioso.*¹¹ *Entonces seréis hijos del Altísimo, que es bueno aun con los*

¹¹ Lc 6, 26

*desgraciados y malvado.*¹² Es cada creyente, cada comunidad cristiana, a pequeña o a gran escala, que se encuentra frente a la elección del hijo mayor de la parábola: o bien esforzarse por imitar al Padre, o bien renunciar a vivir con él y dejar en consecuencia de ser su hijo.

Imitar al Padre es perdonar como él, que es mostrarse como él abierto al perdón, pero también es llegar a ser capaz de perdonar como Dios. La acogida del padre al hijo menor es incondicional: no hay reproches, juicios, ni preguntas por el pasado; ni siquiera hay en la boca del padre un «yo te perdono» arrojado desde lo alto. Lo que hay es simplemente: “Ha vuelto, está de nuevo en mis brazos: hagamos fiesta”. Es algo que el hijo mayor se muestra incapaz de comprender y de imitar. Perdonar es perdonar como Dios. *Sed compasivos, como compasivo es vuestro Padre. No juzguéis y no seréis juzgados. No condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados.*¹³

La misericordia en la comunidad

La práctica del perdón de Jesús es recogida en la Iglesia primitiva. El siguiente pasaje describe una regla comunitaria para abordar los pecados dentro de la Iglesia: la corrección fraterna. La comunidad es dotada de un procedimiento para corregir al hermano que ha incurrido en falta y otorgarle así el perdón, en virtud de la presencia del Señor resucitado en medio de ella:

*Si tu hermano peca, ve y corrígelo en privado. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha, busca una o dos personas más, para que el asunto se decida por la declaración de dos o tres testigos. Si se niega a hacerles caso, dilo a la comunidad. Y si tampoco quiere escuchar a la comunidad, considéralo como pagano o republicano. Porque donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, yo estoy presente en medio de ellos.*¹⁴

Asimismo, san Pablo describe el espíritu que debe gobernar las relaciones de toda comunidad auténticamente cristiana:

*Como elegidos de Dios, sus santos y amados, revístanse de sentimientos de profunda compasión. Practiquen la benevolencia, la humildad, la dulzura, la paciencia. Sopórtense los unos a los otros, y perdónense mutuamente siempre que alguien tenga motivo de queja contra otro. El Señor los ha perdonado: hagan ustedes lo mismo.*¹⁵

La cuestión del perdón y la misericordia siguió siendo primordial en las relaciones internas comunitarias y que su importancia derivaba, como hemos visto, de las enseñanzas de Jesús, que se hace presente en el centro de la vida comunitaria como el Señor resucitado.

ⁱ Fuente utilizada: García-Viana, Luis F. (octubre 2009). *El perdón y la misericordia en Lucas*. Clase Nº 3 del XXVI Curso de Teología en el Campus Cultural de la Universidad de Cantabria. www.unican.es

¹² Lc 6, 35

¹³ Lc 6, 36-37

¹⁴ Mt 18, 15-17.20

¹⁵ Col 3, 12-13